

## La Iglesia y la Independencia Americana

Meditación sobre el gran Mariscal  
de Ayacucho, ante su sepulcro en  
la catedral de Quito.

Delante del sepulcro de Sucre, pareceme que se han dado cita los argumentos capitales que exaltan y ennoblecen la vida y extraen de ella puras esencias de grandeza; aquí se palpa la energía superior que les da cohesión y los sublima ilustrándolos con anticipaciones de inmortalidad. La gloria retumbante de las armas libertadoras, aquí revive prolongando sus ecos en las multitudes memoriosas. El ardimiento y la bravura de ecuatorianos y colombianos que un día se trabaron firmemente para doblar el impulso que los llevaba a acendrar proezas de emancipación, ahora florecen en concordia infrangible prometedora de vigor y de prosperidad. La sombra de Caldas, embajador científico de la Nueva Granada en 1801, otra vez nos estimula a admirar la comarca dichosa donde la perpetua fertilidad del suelo empalma con la majestad solitaria e inviolable de las cumbres fantásticas. Aquí, en fin, parece que perdura un gran recogimiento y un ambiente de veneración rendida, circunstancias precisas para evocar dignamente al Mariscal de Ayacucho, al prócer que juntó en su alma los arrojos del héroe, la exaltación del triunfo y el equilibrio humano que juntamente avasalla con el dominio y seduce con la pulcritud.

No es extraño que en el templo máximo de la nobilísima ciudad de Quito se custodien las reliquias de Sucre, triunfador inmaculado. En la gesta libertadora de la Gran Colombia la Iglesia y sus ministros no estuvieron ausentes, cooperaron más bien a ella con fervor patente, con razonable decisión y pródiga largueza. Por eso leemos tantos nombres eclesiásticos al pie de nuestras Actas de Independencia, y por eso al peregrinar por el inmenso territorio bolivariano vamos descubriendo templos y santuarios que un día prestaron sus ecos para robustecer la pri-

mera voz de libertad, y otro día abrigaron en su recinto las deliberaciones y consejos de los que iban forjando la arquitectura de estos pueblos recién llamados al ejercicio de la soberanía.

Patria e Iglesia están aquí reunidas. Hazañas de la una y proezas de la otra han corrido por los cauces del tiempo para venir a juntarse en una conmemoración unánime del poderío espléndido que en individuos y en naciones resulta del abrazo y compenetración de la pujanza humana con la virtud divina. Ni hay sitio que mejor se avenga con la celebración de las glorias y de los héroes de la libertad como el recinto de un templo donde para siempre jamás retumbará la sentencia evangélica, la palabra del único Maestro que ayer, hoy y en todos los siglos íntima y promulga que "la verdad nos hará libres".

Máxima es esta que engendró en el Ecuador como en la Nueva Granada, y siempre bajo el patrocinio de la Iglesia, un celo y una perseverancia singulares en pro de la enseñanza general e hizo del magisterio el más honrado de los oficios. A quien pregunte por el primer colegio de Quito le responderemos señalando como fundadores suyos a los Rvms. Canónigos de la catedral; a quien reclame noticias del subsiguiente desarrollo de la instrucción, será preciso mostrarle al Ilustrísimo Solís, a Jerónimo de Ceballos e Ignacio de Quesada; y si el Ecuador quiere glorificarse con laureles universitarios, San Fernando y sus cátedras de Jurisprudencia, Medicina y Matemáticas, su biblioteca espléndida que puso admiración en Caldas, y sus relaciones con la Academia de Ciencias de París, dirán siempre dónde y cómo pudieron plasmarse los ánimos y las valentías que unas veces callada y silenciosamente, otras con desenfado y entereza arrogantes, iniciaron y concluyeron la inmensa tarea liberadora. Envejecidas, rudimentarias y confusas podrán parecernos hoy las disciplinas y sutilezas, las disputaciones y controversias en que se ejercitaron los antiguos letrados de estos países, pero no olvidemos nunca que la vida de entonces iba tramándose no sólo con los hilos toscos o delicados del concimiento asequible en esa época, mas también con la fibra divina de la moral religiosa y de la libertad del espíritu cristiano. "La verdad os hará libres", paréceme que repetían en cátedras y en púlpitos y en aulas los sacerdotes y misioneros que enseñaban en los Colegios urbanos o evangelizaban pueblos y aldehuelas remotísimos; "la verdad os hará libres", era frase que más de una vez debió de estamparse en los pliegos borrosos que salían de la imprenta de Ambato que fue la primera del Ecuador; "la verdad os hará libres", pienso que era el tema conductor del in-

fatigable arzobispo Calama cuando a las solicitudes de su cargo unía los mayores desvelos por la propagación de las ciencias y por el incremento de las obras de utilidad pública. Y lo creo y lo imagino así porque la verdad del Evangelio es la que en todo tiempo ha enseñado al hombre a ser dueño y dominador de sí mismo, capaz de moderarse con señorío racional, y apto para gobernar equitativamente esta república interior donde el entendimiento es la autoridad y donde las otras potencias, los afectos, pasiones e impulsos son los súbditos. Quien entiende esto y lo practica, está seguramente en camino de virtud, pero también está en disposición de trasladar a la sociedad de que hace parte esa potestad de regirse con soberanía e independencia, y esa justa ambición de ceñirse (no por impulso venido de fuera, sino por propia deliberación) a un imperativo de superior y absoluta justicia. Nuestros antepasados enseñaron la virtud que es dominio habitual del hombre sobre sí mismo, y por el mismo caso nos prepararon para engendrar países que fueran árbitros de sus propios destinos; la doctrina cristiana sembró aquí la persuasión de que el hombre para hacerse bueno necesita de su propia determinación y voluntad ayudadas por Dios, y asentó también la certidumbre de que para ser perfecto no le bastan al hombre las tutelas y coacciones meramente exteriores, el ajeno dominio o la dependencia de lo extrínseco. Por eso llegó un día en que los pueblos bolivarianos se sintieron capaces de labrar su propia grandeza y su peculiar prosperidad, contando para ello con sus energías íntimas y emancipándose de la metrópoli ultramarina. Perdió entonces España su autoridad política sobre un continente, pero guardó el derecho a que le hiciésemos perpetuo homenaje como a madre nutricia de estas nacionalidades.

Grave y exquisita lección es la que aquí se nos propone... La antigüedad por boca de Sócrates nos había enseñado que la suprema hermosura del hombre consiste en el equilibrio de las potencias bajo el imperio de la razón. Pablo, el grande apóstol, acendró esta doctrina y le dio su significado cabal cuando habló de la carne subyugada al espíritu para que toda la naturaleza pudiera ser elevada hasta el consorcio con la Divinidad. Quien peregrina por la Hélade palpará en los monumentos arcaicos del arte que nunca más renacerá en el mundo, la augusta noción del equilibrio; quien sepa hundirse en el crepúsculo secular de las catedrales góticas y descifrar el hondo simbolismo de su ornato, percibirá en la angustia que allí atormenta la piedra y en el ingenio que allí trueca en ideas las durezas de la ma-

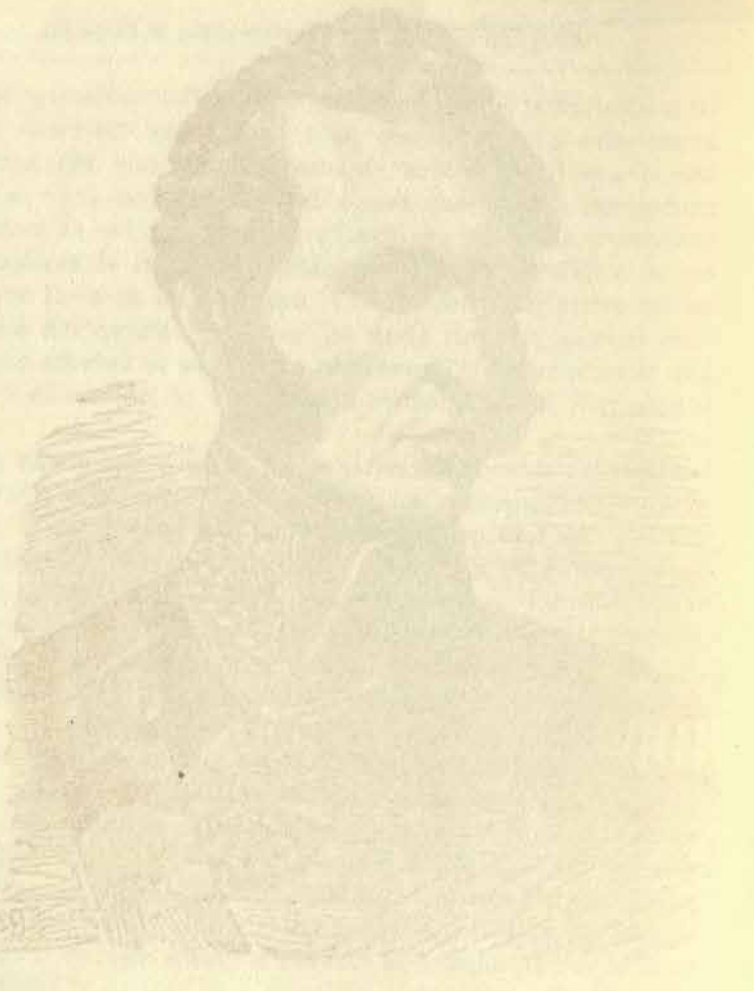
teria fría, percibirá —digo— la perenne lucha y la victoria mística que describió San Pablo. Mas, quien llegue a esta tierra guardadora del más raro depósito de arte colonial que puede concebirse, verá no solamente el museo que atesora peregrinas invenciones, ni solamente el gazofilacio de las tallas y esculturas evocadoras de magias indostánicas, sino la semblanza de un pueblo que lleva en las entrañas la capacidad de triunfar así en los campos del espíritu como en los de la materia; pueblo misterioso que adivinó el secreto de la armonía y del concierto que el alma y el mundo, lo visible y lo invisible están llamados a crear.

Si no es así, por qué son los ecuatorianos únicos en toda esta América por el empeño de animar con sobrepujante vida la madera y la piedra que por todas las partes pregonan el ímpetu multiforme del pensamiento? Los grandes y exquisitos artistas, Diego de Robles, Caspicara y el Padre Carlos, Olmos y Bernardo de Lagarda, interpretaron el alma nacional y dieron fe de la intensa e hirviente espiritualidad que al tocar un leño imprime y fija en él la huella de las tormentas o el fulgor de la serenidad que transfiguran el alma. Arrobamiento extático, dolor sobrehumano, inocencia augusta, enorme y apasionado vencimiento... todo eso lo dejastéis, oh artífices magníficos!, aprisionado en multitud de imágenes que son sin duda testimonios de arte, pero que también son argumento perdurable de una vida interior tan excelsa que autorizó al italiano Sartorio para decir de vosotros que eráis "el corazón de América, y que en el alma quiteña puede volver a obrarse el advenimiento de Atenas y de Roma".

Sólo en un ambiente de esta especie cabe adecuadamente la glorificación de Sucre, y nada puede ser tan grato como juntar la reverencia debida al héroe con la remembranza de la independencia y del arte ecuatorianos, glorias imperecederas e inagotables que se reflejan en el gran Mariscal y lo visten con el prestigio estético del supremo decoro y con las fulguraciones de la milicia triunfadora.

Ritos singulares celebraban los griegos delante de los que habían ofrendado la vida en obsequio a la patria. Comparable a esa antigua ceremonia es el culto de los próceres, por lo cual hago más las palabras que recogió Platón en uno de aquellos funerales, y que yo repito pensando en toda la olímpica legión de nuestros libertadores: "Los que aquí veis yertos y mudos fueron ayer invencibles guerreros unimismados por el anhelo común de darnos patria; juntos los ánimos y enlazadas las manos





en un postrimer gesto de defensa, corrieron hacia el enemigo y lo hicieron huir despavorido, tanta era la espantable valentía que demostraban". También nosotros estamos aquí en la vecindad de un sepulcro, guardador de las reliquias de un varón generoso entre todos. Mírese bien, que de un lindero a otro de este soberbio territorio que cubren cuatro naciones y que se llamó la Gran Colombia, mírese bien que hay otros y otros sepulcros donde yacen los luchadores que obraron la emancipación!... Un día corrieron por toda esta comarca trabados y juntos en infrangible línea que fue a identificarse con los límites de esta asociación de naciones, y otro día vendrá en que la falange libertadora vuelva a juntarse de país a país para reconstituir el cerco de la antigua potencia que no forjará ya los rayos de la guerra, sino que creará el organismo apto para mantener la paz, hacer imposible la discordia y extinguir para siempre el ruido temeroso de las armas!

¡Tierra ecuatoriana, albergue final del vestigio corpóreo que dejó el caudillo clemente!... Imagen tuya es aquella otra tierra ilustrada por el valor de los Macabeos, donde el sacerdocio de Jehová sepultó el fuego del sacrificio incesante. Prodigiosamente vivo se guardó por años de años en la lobreguez del escondrijo, y al amanecer los días de la restauración, allá fueron a buscarlo los que anhelaban verlo alzándose de nuevo crepitante y purificador sobre el altar. Fuego y luz, calor y lumbre es el nombre del Gran Mariscal para la familia bolivariana, y cuantas veces sea menester brillantar el culto de los ideales que nos rigen, aquí vendremos a buscar el contacto vivificador del símbolo escondido en el sepulcro.

Cuando callaran todos los documentos y reminiscencias que sirven de pedestal a la gloria de Sucre, seguiría sosteniéndose incólume y firmísima en el testimonio de Bolívar. Y no es otra la dificultad con que tropezarán los que ensayen un elogio al Mariscal, porque no hay linaje de ponderación, no hay alabanza ni retórica que puedan entrar en competencia con la simplicidad del panegírico que redactó el Libertador en Lima y bajo los resplandores de Ayacucho. Huérfanos de lozanías literarias, desnudos de hipérbole y ascéticamente adustos pasan allí los merecimientos y servicios de Sucre, enumerados con precisión y brevedad matemáticas. Dijérase que así como Bolívar en sus órdenes militares enumeraba secamente las tropas para lanzarlas por su orden a un triunfo certero, así en esta biografía de Sucre, sin paralelo en los demás escritos del Padre de la Patria, cuenta él y dispone los oficios, las virtudes y las hazañas de Su-

cre para empujarlo a la conquista de la inmortalidad. La prosa de Bolívar, de suyo apasionada, concisa y presurosa, tiene aquí un ritmo y cadencia monótonos y fieros como el paso de un ejército bien ordenado, sus cláusulas son como escuadrones bien apercibidos, los nombres de las victorias logradas tienen resonancias marciales, y, a modo de signos y enseññas conductores, ondea sobre todo este conjunto de energía disciplinada un enjambre de emociones trabajosamente contenidas: Sucre, "el mediador, el consejero, el guía que nunca perdió de vista la buena causa y el buen camino": Sucre, "el de los ojos clavados en la patria, a quien nunca faltó el amor y el aprecio de los que combatía": Sucre, "el de inagotable bondad e infinita dulzura": Sucre, "el que creía glorioso todo sacrificio por la humanidad y la nación": Sucre, "el de las campañas terribles que solamente César podría describir y comentar".

¡Quién no comprenderá la mente del Libertador cuando escribió la historia de Sucre!... "La disposición perfecta y la ejecución divina" de la batalla de Ayacucho, no eran capaces de hacerle olvidar la bizarría juvenil de Sucre cuando de solos diez y nueve años vivió las horas angustiosas de Aragua y dejó entre sus hermanos de armas la persuasión de que muy pocos le aventajaban en "la gravedad de los consejos". A esas horas ya se tenía sabidas y realizadas las lecciones que en tres máximas sintetizó un Mariscal de los modernos tiempos: "¿Qué es la guerra?, un departamento de la fuerza moral. ¿Qué es una batalla?, el contraste de dos voluntades. ¿Qué es una victoria?, la superioridad moral del vencedor y la depresión moral de los vencidos".

Ha corrido un año y en el escenario feudal de las casamatas, bastiones y reductos que hacen temible a Cartagena, volvemos a encontrar al ingeniero adolescente de limpia carnadura, de perfil aquilino, tan agudo de ojos como sobrio de palabras, gentilmente desdeñoso en apariencia, y en realidad taciturno y muy hecho a razonar consigo mismo. Ciento diez y seis días duró la empresa de defender la ciudad. Afuera, en las fortificaciones, Sucre rompía a metrallazos los pelotones enemigos, mientras que allá dentro, en el recinto ciudadano, discurrían muchedumbres famélicas, afligidas por todos los azotes, sin bríos para esperar socorro, ávidos de muerte que pusiera remate al detestable sufrimiento. Así compartían la escena el retumbar de la tormenta bélica y las quejas sordas de los agonizantes sin ventura, y entre estas angustias indecibles, Sucre, el silencioso y diligente, tendría que recordar la racha de sangrientos horrores

que Boves desató meses atrás sobre Cumaná, solar de la familia y domicilio original del héroe de Guayaquil y de Riobamba. En ese día calamitoso, tres veces se aposentó la tragedia en la casa de Sucre, tres veces la sacudió con ferocidad brutal, y tres veces le arrancó el tributo de la vida. Pero si Boves pudo llevar desolación abominable a Cumaná, no pudo sembrar apetito de venganza ruin en el alma de Sucre. En el sitio de Cartagena, era él —dice Lino de Pombo— el que más me auxiliaba en la difícil tarea de proteger contra inevitables represalias a los residentes españoles.

Ese tenía que ser el hombre predestinado para ponerle fin a la pavorosa "guerra a muerte" cuyo decreto permanecía en vigencia al cabo de siete años y cuyo término se celebró con el armisticio de 1820. Lo que fue ese período en que la crueldad se aliaba con el escarnio, y en que la piedad y la justicia huyeron de estas tierras y desampararon a los hombres, no lo repetiré aquí para no afrentar elementales sentimientos; diré, en cambio, que en tanta cerrazón de ignominias Sucre se alza incontaminado y exento de reproche para mostrarnos en sí mismo un precursor o un apóstol de esta idea genuinamente cristiana a que todos estamos rendidos con la más íntima e inmovible certidumbre: el acabamiento de las guerras. Extraño caso este del Gran Mariscal que con haber sido soldado por vocación y por instinto, y con haberse ejercitado sin cesar y siempre con lustre incomparable en el oficio de las armas y en el manejo y administración de las victorias, fue sin embargo un campeón de la paz, de la razón y de la discusión equitativa que mantienen la concordia próspera y durable entre las naciones. Porque Sucre pretendió siempre "civilizar la guerra", y esa es, a juicio de Bolívar, la esencia última del tratado de 1820. Pero, "civilizar la guerra" es una frase cuyos términos pugnan y se contradicen entre sí, es una fórmula genialmente absurda que suena en los oídos como un compromiso humanitario, pero que, en el fondo, en el espíritu de Sucre, y en nuestro propio espíritu no puede representar sino la etapa transitoria de una marcha consciente hacia el triunfo definitivo de la civilización sobre la guerra.

Bolívar lo entendía así. La idea del Congreso de Panamá no es sino una proyección jurídica del sentimiento generoso que lo obligó a proclamar el tratado de 1820 como "el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra". Y esto significa que allá en el fondo presentía el Libertador que solamente la paz tiene derecho a prevalecer en el mundo; lo cual, en esos tiem-

pos, podría aparecer como utópico, y en los presentes es afirmación tan evidente como saludable. En épocas no muy remotas, una guerra solía justificarse por sus resultados inmediatos, o porque era un paso que daba la fuerza de las armas desde una situación mal definida a otra bien definida. Podía entonces ser la guerra asunto de cálculos, podía ser azarosa jugada, pugna frenética, síntesis de valentía y de fortuna, última razón que esclarecía un litigio y dejaba al vencedor en posesión tranquila de una supremacía y de un afianzamiento duraderos. Pero el universo político ha cambiado mucho, y la inteligencia que antaño podía especular con los beneficios de una aventura sangrienta, hoy tendría que aterrarse ante la inseguridad de sus previsiones. Porque quien se lance hoy a la guerra, entra desde luego en el campo de lo incalculable donde se enfrentará con fuerzas indeterminadas y por tiempo indefinido. Si vence, la victoria misma será motivo de nuevas competencias en que quizá reclamarán largas porciones los que nunca bajaron al campo de batalla. Lo que sí será fatalmente seguro es que las pérdidas inmensas de vidas humanas y de bienes necesarios se quedarán sin compensación. Vivimos, en efecto, en una época en que las más poderosas capacidades productivas se truecan de un día para otro en capacidades destructivas no menos poderosas, y en que las mejores invenciones son de tanta amenaza como servicio para el género humano, y en una época así, no hay vencidos que no queden exhaustos, impotentes para ofrecer al vencedor una equivalencia siquiera aproximada de los enormes recursos consumidos.

Cuando Sucre pensaba en civilizar la guerra, cuando Bolívar soñaba con el Congreso de Panamá, cuando el uno y el otro invocaban el advenimiento de la paz racional, eran, no lo dudemos, videntes y profetas que adivinaban esa marejada de multiplicados horrores y de ruinas acumuladas que sería la guerra del porvenir. Sucre y Bolívar, el uno inspirado por la magnanimidad penetrante de su carácter, el otro amaestrado por la más genial experiencia de la guerra, tienen derecho a contarse entre los precursores de Keyserling. Como él y antes que él pueden intimarle al universo que "cuando la conciencia se empeña en justificar la negación del espíritu, el hombre se convierte en un demonio".

En el Ecuador halló Sucre teatro y palenque para la primera campaña que debía acometer por sí mismo. Antes había militado como ayudante del Generalísimo Miranda en los campos floridos de Aragua y Carabobo; con Rivas y Mariño había

pasado por las estepas de Guayana y Barcelona; con Bermúdez se recluyó en la atormentada Cartagena; el Magdalena, el Meta, el Apure y el Orinoco ofrecieron camino rápido a las canoas y barquichuelos, como éi sutiles y como él esquivos, que llevaban de gente en gente la vigilante inquietud de Sucre; el mar de las Antillas, tantas veces surcado por expediciones patrióticas, pienso yo que apaciguó la turbulencia de sus aguas para que no naufragase la goleta "Constitución", blanco de cuarenta cañoneros enemigos y arca flotante donde se salvaron los legendarios defensores de la Heroica. Y como se mudaban precipitadamente las venturas y desventuras de la emancipación, así se alteraban sus escenarios. Sucre tiene delante de sí en 1821 la maravillosa tierra de los volcanes y, como un ciclone aventajado por la serenidad de Apolo, va a trepar por la escalera de las rocas andinas desde las riberas del Guayas apacible hasta la gélida y reverberante majestad del Chimborazo. Sucre meterá sus huestes entre los nudos robustísimos que son goznes graníticos de la cordillera, acampará con sus tropas en la vecindad de los vesubios cuyos bramidos y amenazas fueron escuela de estoicismo e impavidez para los habitantes de Quito y Latacunga, de Ríobamba y Alausi, Cuenca y Loja; Sucre llevará los símbolos tremolantes de la Gran Colombia hasta el pico de Sangay que alumbró como fanal gigantesco de rojiza claridad perenne los campamentos de Belalcázar y Pizarro. Y Sucre librará su última batalla para sellar la independencia del Ecuador en las estribaciones del Pichincha donde supo ver y conquistar la liberación de esta ciudad, asilo de héroes, santuario de opulencias que parecen arrancadas al Oriente abismal, recordatorio de Atahualpa, último de los Incas, suelo marcado por las huellas de los fieros conquistadores hazañosos, y por esas otras bendecidas y luminosas de Humboldt, La Condamine y Boussingault, descubridores de los grandes tesoros de la naturaleza americana.

Mas si la independencia del Ecuador tiene por blasones y aderezos definitivos las acciones inmortales de Ríobamba y Pichincha, su principio y su aurora es preciso admirarlos en las jornadas dolorosas y exultantes de Yaguachi que fueron, al decir de algún historiador, "el bautismo de fuego que transfiguró a un pueblo joven y altivo y lo destinó a colaborar soberbiamente en la emancipación del Nuevo Mundo".

Ese es el instante más conmovedor y significativo, tal vez el que decidió fundamentalmente de los destinos ecuatorianos. Nunca antes había recibido el pueblo una revelación tan sorprendente de su unidad futura. Partidos, tradiciones, ensueños, le-

yendas, religión, y todas las múltiples fuerzas que tenían su nido en el pasado e iban a desplegar las alas sobre el porvenir, se combinaron en aquellos días para resolverse imperativamente en la idea de una Patria concreta. Donde apenas se mostraban elementos dispersos y energías sin engarce, nació y se sostuvo un linaje de unidad y consorcio desconocidos, una fraternidad íntima y sagrada, un entusiasmo extraño y nuevo, sólo comparable al que preside las iniciaciones. Muchos se sorprenderían al descubrir en sí mismo un amor patrio tan aquilatado y fervoroso; y de la misma suerte que un dolor insólito nos da conciencia y sentimiento de esta realidad que es el cuerpo, así la fulgurante sensación de la guerra hizo que a todos fuera manifiesta y perspicua la presencia real de la Patria. De la Patria —digo— que es entidad inefable, que no se define con la sola razón, que ni la raza, ni la lengua, ni el suelo, ni los intereses, ni la misma historia determinan cumplidamente; noción que desconcierta al análisis, y que por su influjo avasallador se asemeja al amor denodado, a la fe vencedora, a esas posesiones misteriosas que de vez en cuando invaden al hombre y lo conducen más allá de todos los campos donde se apacienta el egoísmo.

Para mí es indudable que las acciones preliminares que se cumplieron en Yaguachi, fueron, ante todo, el fruto de una polarización egregia de sentimientos patrióticos, y que fue Sucre el llamado a representarlos, a encarnarlos y a convertirlos en dinámica victoriosa. Los reveses que por un instante afligieron el ánimo de los libertadores, lejos de perjudicarla, le añadieron eficacia recóndita: fueron heridas y desgarraduras de esas que no postran ni enflaquecen el ánimo del combatiente, sino que consagran su fortaleza y publican su menosprecio del peligro y su familiaridad con el riesgo. Yaguachi fue la anunciación de la victoria, en Guayaquil y Ambato se perfiló el desquite, en Pichincha resplandeció sin velos la excelsitud de un pueblo libre.

Recordemos la sutil estrategia de Sucre entre las breñas fragosísimas del cerro famoso. Por la derecha van trepando los tercios castellanos, vistosos por las armas y el arreo, amparados con las viejas banderas del Cid y de Pelayo, dominadores en otro tiempo de ambos mundos. Por la izquierda ascienden la gradería empinada y ríscosa las legiones de los descendientes de los Incas; más arriba, la vanguardia de colombianos cuyos fuegos relampaguean en las moles de nieve que guarnecen la montaña; por un lado el fuerte que atalaya la ciudad vocea con estruendo de artillería que ya está para decidirse la suerte fi-

nal de los antiguos dominios de Atahuálpa; y todavía más en lo alto centellea el acero del triunfador que fija con ademán imperturbable la senda tormentosa y bravía que conduce al encuentro de la emancipación y de la paz.

Y digo, de la paz, porque nada sería tan desatinado como pensar que el culto tributado a los héroes y artífices de la epopeya grancolombiana, se identifica con el culto de la fuerza, con el frenesí dominador, con el anhelo de prepotencia a todo trance, o con la justificación de la violencia por sí misma. Nó: eso sería empuqueñecer y desmedrar la idea soberana que fue aliento e inspiración de los Padres de la Patria; eso sería cancelar la sentencia de Sucre para quien "la justicia es la misma la víspera del combate y al día siguiente de la victoria"; eso sería ignorar que cuando los libertadores pusieron mano en la empresa de transformar la nebulosa colonial en una constelación de soberanías, no pretendieron nunca lanzar a la vida varios núcleos de rivalidades en perpetua pugna de intereses o en continuo trance de apelar a la lucha sangrienta, profanadora de toda cultura, para dirimir los problemas y litigios que naturalmente surgen entre las sociedades. Al libertarnos, los próceres nos autorizaron para entrar en el uso pleno de nuestra mayoría; con sus banderas se fabricó la toga pretexta de la Gran Colombia, quiero decir, que nos juzgaron capaces de superar las tentativas del instinto codicioso mediante las reglas de oro que impone la razón, y que se llaman consejo, arbitramento, solidaridad, justicia y armonía de inteligencias. No fue visión de ruidosas y asoladoras milicias, la que hechizó a nuestros libertadores; lo que aceleró en ellos el ritmo de la abnegación y del sacrificio no fue el señuelo y provocación de las conquistas, sino aquel vastísimo panorama internacional que Francisco Antonio Zea describía en 1822 con estas palabras:

"Admitiendo que puedan quedar dudas sobre los destinos maravillosos de esta América recién libertada, ninguna puede ocurrir sobre los inmensos resultados obtenidos a favor de combates y victorias... Esta independencia no ha hecho sino establecer el orden natural poniendo fin a males infinitos que necesariamente producía una conexión mal combinada... Pronto todos estos nuevos Estados formarán una grande y sólida asociación y fijarán la base de aquella Confederación Continental, contra la cual todos los ataques no podrán ser dañosos. La coalición del mundo civil, si fuera posible, sucumbirá delante de esta barrera formidable".

Zea escribía esto mes y medio después de la batalla de Pi-

chinchá, y no ha faltado quien tache sus palabras de utópicas... qué importa!... Bolívar era utópico en el mismo sentido. Y creo yo firmemente que Boyacá, Pichincha y Ayacucho no son sino porciones de una ópera sobrehumana, de una partitura trascendental cuya letra son las sentencias de Zea, y cuya música es el tumulto de las victorias que Bolívar y Sucre desencadenaron.

El 23 de abril de 1823, a los dos años de haber llegado a tierras ecuatorianas, Sucre sale de Guayaquil para encaminarse al Perú y a Bolivia. Diríase que la Providencia le tenía destinado a ser el signo viviente de la unión entre las naciones bolivarianas, y que para eso le obligó a prodigar en servicio de cada una de ellas las más diversas formas de la actividad libertadora. Hemos evocado religiosamente las proezas que le inmortalizaron en el Ecuador, quédén las restantes para que Bolívar construya con ellas una efigie de Sucre, tan gigantesca e imperante que asombre por los siglos de los siglos al continente americano. Oigámosle:

“El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el vengador de los hijos del Sol. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac, y contemplando, rotas por su espada, las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas”.

En Sucre podemos admirar al guerrero o al vidente. Como guerrero tenía que bajar a la contienda inevitable y dolorosa que nos dio soberanía y libertad. Como vidente nos enseñó que el porvenir de las naciones bolivarianas está pendiente de la paz, de la solidaridad y de la inteligencia justa que florezcan entre ellas. Como guerrero de la emancipación Sucre pudo decir: “VENCER, ES CONVENCER”. Como vidente de nuestros destinos, como maestro de esta edad presente y de las venideras, como nuncio de nuestra bienandanza, tuvo que decir: “CONVENCER, ES VENCER!”

JOSE VICENTE CASTRO SILVA,

Rector, Colegial y Catedrático de  
este Colegio Mayor.

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico